



Javier Lozano

En el patio de la escuela apareció una pintada: “*Españoles, hijos de puta*”. En honor a la verdad diré que, además de faltarle la coma, no era muy llamativa, hecha con un rotulador negro de punta gruesa y con letras que a duras penas alcanzarían diez centímetros de altura. Pero atraía la atención y despertaba comentarios entre las criaturas, porque estaba justo al comienzo de la escalera de acceso a un pabellón.

Si la pintada se hubiera escrito en cualquiera de nuestra calles, la inmensa mayoría de la población vasca habría tenido pocas dudas sobre la filiación de sus autores. Desde Sabino Arana, que podía calificar a los españoles de “*impíos*”, “*feminiles*”, “*librepensadores*” o “*adúlteros*”, hasta nuestros días, en que hay quienes utilizan “*español*” como sinónimo de “*fascista*”, insultar a los españoles es uno de los deportes que más placer parece producir al nacionalismo vasco. En la escuela, sin embargo, la opinión generalizada entre los críos era que había sido obra de los gitanos, a quienes, como es bien

sabido, se suele achacar cualquier mal cuyo origen se desconozca.

Hice algunas averiguaciones -bastante sencillas por otra parte, porque los niños son propensos a irse de la lengua- que descartaron tanto a gitanos como a abertzales: los autores de la pintada habían sido un grupo de latinos. Después de numerosos tiras y aflojas en un partido de fútbol que los enfrentaba a jugadores autóctonos, habían saciado su sed de venganza escribiendo en la pared. A sus once o doce años, aún no habían afinado en el complejo puzzle identitario de la población vasca y habían aplicado a sus contrincantes el término que, a su manera de ver, mejor los diferenciaba de ellos: españoles.

Algunos días más tarde, cuando subíamos a clase un chaval de mi grupo reparó en la pintada:

-*“Españoles, hijos de puta”*- leyó en voz alta.

Inmediatamente me miró, pensé que asustado por haber dicho lo que a sus ojos era sin duda una palabrota. Él se quedó unos instantes pensativo, como si tratase de asimilar el contenido de la frase y luego sacudió los hombros:

-Bueno... a mí me da igual, porque yo soy de

Camerún- me dijo.

Me pasó por la cabeza preguntarle qué significaba para él ser de Camerún, más allá de señalar un lugar en el mapa del que procede su familia. Africa será seguramente el continente en que las fronteras se han trazado de forma más arbitraria. Su lengua familiar es el francés. Ha nacido en Bilbao. Habla también castellano y euskara. Su bagaje cultural y vital es una abigarrada mezcla entre lo llegado por vía familiar y lo recibido en otras relaciones sociales. Una combinación demasiado compleja para liquidarla con la afirmación de ser de Camerún. No le dije nada, sin embargo.

Tampoco él pareció quedarse muy satisfecho con su afirmación, porque siguió dándole vueltas a la cabeza mientras caminaba hacia el aula.

-Bueno... -añadió luego-, pero los papeles sí ¿eh? Me gusta tener papeles.

No pude aguantar la risa, le sonreí y le di una palmadita en la espalda. A sus ocho años la vida le había empujado a comprender que la patria del corazón puede coexistir con otras patrias de ciudadanía, sin que ello suponga necesariamente un conflicto.